



# La Tierra y la ecología integral

**Mary C. Sullivan rsm (Americas)**

«La Tierra y la ecología integral» es un tema enorme, y como esta reflexión está limitada a cinco (5) minutos, me abstendré de considerar muchos subtemas, y me centraré intensamente en la acción principal y urgente a la que la Familia de la Misericordia está llamada actualmente: **la conversión ecológica integral**.

Las Hermanas de la Misericordia y toda la Familia de la Misericordia hablan con frecuencia sobre la «conversión». Podemos pensar que ya hemos cedido a ella; podemos suavizar o limitar su significado, y pensar que «ya la hemos hecho».

Pero, frente a la degradación actual, generalizada y severa de la Tierra y los gritos de toda su vida vulnerable, ¿nos hemos entregado realmente a la profunda conversión ecológica que exigen estas realidades? ¿O, hasta ahora, sólo hemos retocado los bordes, hemos hecho algunas «cosas ecológicas» necesarias, pero relativamente convenientes —reciclado unas cuantas latas y bolsas de plástico— y luego nos hemos dormido en los laureles?

¿Hemos comprometido realmente nuestra vida personal y comunitaria a la conversión ecológica radical y continua que requiere la actual crisis climática? ¿Tratamos esta crisis como una *crisis*, como la crisis más grave y de mayor alcance que la Tierra haya conocido jamás, la crisis cuya magnitud y múltiples facetas causan tantas de las otras crisis que los pueblos de la Tierra y su vida creada están experimentando ahora? Para la mayoría de nosotros, la respuesta verdadera es probablemente «no».

Déjenme decirlo sin rodeos: lo que necesitamos abrazar más vigorosamente es un *cambio* profundo en la forma en que vivimos nuestras vidas como humanos y como Misericordia, un cambio en nuestras mentes, corazones y comportamiento humano. Un cambio en la forma en que entendemos la vida humana en esta Tierra, y en la forma en que nos relacionamos con toda la vida creada y los recursos de esta Tierra —esta Tierra del siglo XXI, no una «Tierra» obsoleta de la que aprendimos en la escuela primaria.

Como dice el Papa Francisco en *Laudato Si': Sobre el cuidado de la casa común*:

Muchas cosas tienen que reorientar su rumbo, pero ante todo *la humanidad* necesita cambiar. Se destaca así un gran desafío cultural, espiritual y educativo que supondrá largos procesos de regeneración. (art. 202).

La conversión ecológica integral necesaria implicará tanto nuestro arrepentimiento continuo como nuestra entrega diaria a la acción transformadora del Espíritu Santo en nuestras mentes, corazones y hábitos.

Tendremos que superar nuestro dualismo espíritu-materia, nuestra distinción binaria alma-cuerpo, y nuestro egocentrismo que nos permite subyugar a la Tierra y separarnos de lo Sagrado y luego dominar y explotar los recursos de la Tierra.

Tendremos que ceder al Evangelio de Jesús de Nazaret tal como nos habla *hoy*, en los signos de *nuestros* tiempos.

Tendremos que leer o releer *Laudato Si'* y los Informes de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático, y adquirir, independientemente de nuestra edad, nuevos códigos y puntos de vista ecológicos.

Tendremos que acercarnos y aprender de las organizaciones interreligiosas, interreligiosas y ambientalistas, y colaborar genuinamente con ellas en las peticiones de desarrollo ecológico en los presupuestos y la legislación de nuestros gobiernos.

Tendremos que dirigir persistentemente el dinero de la congregación hacia un compromiso con la energía renovable y la desinversión de los combustibles fósiles.

Tendremos que despertar audazmente a la acción a nuestras instituciones patrocinadas, y a nuestras diócesis y parroquias.

Y tendremos que examinar y cambiar —sí, cambiar— *nuestro propio* estilo de vida consumista, derrochador, irreflexivo, a menudo incluso extravagante —nuestro «egoísmo

Catalina McAuley no conocía la actual crisis climática y sus sufrimientos relacionados. No escuchó el preciso «grito de la Tierra y los gritos de los pobres» que escuchamos. Por lo tanto, ella no tenía un programa de respuesta a la Misericordia que pudiera transmitirnos.

Pero sí tuvo algunas ideas relevantes sobre la amplitud de la «vida común» inherente a nuestros votos de pobreza, y sobre la simplificación de nuestras vidas y las renunciadas requeridas por el compartir misericordioso y el respeto por la Tierra y sus vidas vulnerables.

Como escribió en noviembre de 1840, «Nunca deseemos más que lo suficiente» (*CCMcA*, 366) —lo suficiente de cada cosa. Ella habría estado de acuerdo con Benedicto XVI: «comprar es siempre un acto moral, y no sólo económico» (*Caritas et veritate*, art. 66).

Clare Moore nos dice que en la calle Baggot, «todo lo que se compraba para el uso de las Hermanas era del tipo más pobre y sencillo, y ella nunca permitía que se acumulara nada en gran cantidad» (*CMcATM*, 114).

En 1838, cuando el párroco, en contra de su voluntad, cerró la pobre escuela que ella tanto había deseado, Catalina habló de las niñas abandonadas que merodeaban por las calles de Kingstown: «Dios sabe que preferiría tener frío y hambre que los pobres de Kingstown o de cualquier otro lugar se vean privadas de cualquier consuelo que podamos pagar» (*CCMcA*, 164).

Catalina sabía lo que es la solidaridad genuina y lo que la vida samaritana nos pide. Y podemos estar seguras de que su continua intercesión por nosotras, sus continuas súplicas con y por nosotras, está al día, no se limita a las necesidades que ella comprendió en la década de 1830, antes de que el planeta Tierra comenzara a colapsar en su actual degradación.

Sí, la conversión ecológica de nuestros estilos de vida personales y comunitarios a los que estamos llamados actualmente nos pellizcará. Pero ¿realmente necesitamos un sofá nuevo y otro juego de platos, otra blusa o collar nuevo, otro aparato de plástico, una película o una cena en un restaurante superior? ¿O lo que tenemos es «suficiente»? ¿Y dónde están *nuestros* paneles solares, aerogeneradores y coches eléctricos?

Probablemente necesitamos una nueva *teología* de la Misericordia, un nuevo *lenguaje* de la Misericordia y nuevas *imágenes* de la Misericordia para llevar en nuestros corazones como recordatorios vigorizantes de la profunda conversión ecológica a la que somos llamadas diariamente. ¿Qué tal si adoptamos una **teología de lo suficiente**? ¿Qué tal si hacemos de la «**conversión ecológica**» un tema constante en nuestra contemplación diaria? ¿Y qué tal si ponemos firmemente ante nuestros ojos y nuestros corazones la **imagen desgarrada de nuestra hermana Tierra medio muerta**, herida y robada en el camino de Jerusalén a Jericó?

La Familia de la Misericordia tiene una larga tradición de Quedarse en Vela: permaneciendo en oración junto a la cama de hermanas gravemente enfermas, rogando a Dios que las sane.

Llevemos ahora nuestra querida Tierra herida y sus pueblos sufrientes a la Posada de la Misericordia de nuestras vidas y hogares. Arrodillémonos al lado de su cama, decididas a cambiar nuestros caminos, y roguemos al Mesonero Misericordioso que nos ayude a cuidarla.

Nuestra Tierra pobre y enferma y toda su vida creada necesitan esta humilde vigilancia hoy, no «algún día cuando nos acerquemos a ella». Entonces tal vez sea demasiado tarde para la curación.